



Pequeños mitos urbanos

Algunos han llegado a hablar incluso de «generación Vaquilla». Los quinquis de la crisis de los ochenta forman parte del relato de la entonces incipiente democracia española. Como es sabido, la Transición coincidió con una aguda crisis económica que condujo a los famosos Pactos de La Moncloa. Así pues, las libertades se abrieron paso en España en medio de un mar de conflictividad social. En los barrios de las grandes ciudades, Barcelona, Madrid o Bilbao, la marginalidad social de los jóvenes, que ni tenían trabajo ni veían en el horizonte posibilidades de construir proyecto alguno de futuro, se radicalizó con el consumo de las drogas. Son los años de plomo de la heroína, que devastó a toda una generación.

En este clima, algunos jóvenes atrevidos, volcados a la delincuencia para poder pagarse la droga, se convirtieron en pequeños mitos sociales que simbolizaban la gravedad de una situación que amenazaba la cohesión social. Como siempre pasa en estos casos, los medios de comunicación tuvieron un papel especialmente importante. La amplificación de los actos delictivos que cometían aquellos jóvenes y la adjudicación de una representación social probablemente excesiva hizo de ellos auténticos mitos urbanos que suscitaban una mezcla de admiración y temor. En cualquier caso, fueron la voz de unos barrios donde la juventud ya no se sentía vinculada por las formas de representación convencionales y que veía la política como algo totalmente ajeno. Los quinquis no dejan de ser una manifestación del desencanto. La estancia de alguno de ellos en la cárcel coincidió con un efímero momento que venía de una movida francesa: la COPEL, una organización política de presos, que hizo que la problemática de las cárceles llegara a la prensa y que protagonizó duras acciones de protesta, por ejemplo en la Modelo de Barcelona. El Vaquilla y algunos más participaron en estas movidas.

Naturalmente, los mismos medios que los enaltecieron los crucificaron después. En todo caso, fueron mitos efímeros, vidas condenadas a un final trágico, destruidas por la droga y por la dinámica de marginación creciente a la que les conducían sus propias acciones. Muchos murieron por la heroína o por la violencia, en enfrentamientos con la policía. Otros perduraron como carne de *reality show* televisivo.

Todo esto, sin embargo, es un mero episodio de un país en tránsito. Una pequeña historia que llegó incluso a generar un tipo de cine específico, vinculado a las aventuras de estos chicos y que ejemplifica una de las otras caras de la Transición. Las que no salen en la historia oficial. La reconstrucción de este episodio, en torno a sus personajes más singulares, nos permite recuperar la historia de las periferias urbanas, analizar los protocolos mediáticos de construcción de personajes y seguir el destino de unos jóvenes que terminaron siendo protagonistas sin saber muy bien por qué. Cuando alcanzaron el fondo del pozo ya no consiguieron salir.

Hay una imagen enternecedora, cuya presencia en la exposición podría parecer irónica pero que al mismo tiempo expresa empatía hacia unos personajes que surgieron de unas circunstancias muy peculiares y que no supieron encontrar su lugar en el mundo, sin que la sociedad supiera darles tampoco ningún papel, más allá del efímero instante de una gloria mediática breve, poco antes de



Prólogos de Josep Ramoneda en los catálogos del CCCB

hundirlos definitivamente. Me refiero a la imagen de uno de ellos, José Luis Manzano, que hace el papel de Juan en un mural que representa la Santa Cena y que se pintó tras el altar de la parroquia de la Alhóndiga, en Getafe. Historias de una crisis, la de los ochenta, que recuperamos en otro momento de crisis. Observar aquellos sucesos con una mirada actual puede hacer que modifiquemos nuestra percepción y, al mismo tiempo, aplicar la mirada de entonces a la crisis actual puede ayudarnos a verla de una manera distinta.